7830

JUAN DE CASTRO

LA NOVATADA

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LA NOVATADA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JUAN DE CASTRO

Estrenada en el TEATRO LARA el 19 de Mayo de 1905,
en el beneficio de Pedro Sepúlveda

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551
—
1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ISABEL.....	Sra. Valverde.
LUISA.....	Ruiz.
CARMEN.	Srta. Domus.
DON JOAQUÍN...	Sr. La Riva.
EL GENERAL.....	Sepúlveda.
POLITO.....	Barraycoa

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

Nota. Carmen hablará con acento andaluz.

ACTO UNICO

Sala decentemente amueblada. Dos puertas laterales á la derecha, una á la izquierda, primer término. Puerta al foro. Velador con recado de escribir, á la derecha. Sofá, al foro izquierda. Butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

LUISA escribiendo y consultando un libro

LUISA (Leyendo.) «Contestación á la anterior...» Tampoco me sirve... «Agradeciendo un obsequio.» Por ahora, tampoco... «Otorgando una cita.» ¡Uy, ésta, ni pensarlo!... Nada, que no voy á encontrar niguna apropósito... Y lo que es de mi cabeza, ya está visto, no no sale ni una línea... Vea usted para lo que sirve el colegio. Cinco años encerrada en él para no saber luego ni lo más indispensable... Yo hubiera podido, desde que salí, ponerme al corriente; pero... ¿quién se había de figurar que esto viniera tan pronto!... Quince días de vestido largo, dos misas en las Calatravas, media docena de paseos por la Castellana y Recoletos y cuatro noches á Lara, al paco de Merceditas... ¡ni más ni menos!... Dice que los hombres son muy falsos, que mienten mucho, que no saben

608997

querer. . ¡pues lo que es éste! (Coge una carta que habrá sobre el velador.) ¡Digo! (Leyendo.) «En una palabra de usted, está la vida ó la muerte de su apasionado admirador, que la besa los pies. Enrique Morales.» ¡Cuidado en qué compromisos la ponen á una!... ¡No, pues yo á muerte no le quiero condenar!... Pero, ¿qué le digo?... ¡Ay! Si estuviera aquí Carmen, pronto me sacaba del apuro. A ver otra vez «El Secretario.» (Tomando el libro y hojeándole.) ¡Uy! ¡Esta si que es bonita!... Y parece que la han escrito apropósito... Nada, la dejo señalada. Si hoy viene Carmen ella me ayudará, y si no... ¡Uy, papá! (Guarda precipitadamente la carta y pone en orden la escribanía.)

ESCENA II

LUISA. DON JOAQUÍN por el foro

JOAQ. ¡Uf! ¡Gracias á Dios!

LUISA ¡Ay, papá! (Se acerca á besarle.) Qué... ¿has acabado ya hoy?

JOAQ. Sí, hija, ya... ¡Dichoso juzgado! ¡Estoy de él hasta la punta del pelo!

LUISA No te había sentido llegar.

JOAQ. Ya lo he notado. Es que tú andas ahora muy distraída. (De repente) ¿Qué estabas haciendo?

LUISA Yo, nada...

JOAQ. (Receloso.) ¿Con que nada?

LUISA Bueno, era que .. que iba á bordar...

JOAQ. ¿A bordar con la pluma?

LUISA ¿Con... con la pluma? Si es que estaba dibujando... dibujando una greca.

JOAQ. Bueno; pues procura que no te vea yo meterte en dibujos. (Luisa hace un gesto de extrañeza.) No, no te hagas la tonta. De sobra sabes lo que te quiero decir. Otra vez me he encontrado al mequetrefe ese plantado en la acera. ¿Lo entiendes ahora?... Pues que sea la última. De lo contrario, yo veré lo

que hago contigo... Con ponerte de corto otra vez y llevarte al colegio... (Luisa le mira consternada) Así, ni más ni menos. Y entretanto se acabaron las visitas y los paseos y...

ESCENA III

DICHOS. El GENERAL por el foro

GEN. (Desde la puerta.) Hombre, milagro sería que no estuvieras regañando.

JOAQ. ¡Caramba! ¡Luisillo!

LUISA ¡Padrino!

JOAQ. ¡Ya era tiempo de que te viésemos por aquí!

GEN. Pue si sé que voy á encontrarme con esto no vengo. Parece que no tienes más entretenimiento que el de afligir á la pobre muchacha. ¡Tendrá que ver el delito que habrá cometido!

JOAQ. Delito, no.. Lo de todas las chiquillas en cuanto se recogen la trenza. Baboserías y encalabrinamientos que no conducen á nada.

GEN. Lo que no conduce á nada es que te pongas así. Esa cara de baqueta y esa voz de trueno, para el Juzgado; pero estas cosas, si es que merecen corregirse, se corrigen con un beso, un consejo cariñoso y...

JOAQ. Eso es... ¡admirable! Hombre, pues si tantas aptitudes tenías para padre de familia, ¿por qué no te has casado?

GEN. Demasiado lo sabes tú: por culpa de doña Isabel.

LUISA ¿De doña Isabel? ¡Ay, cuente usted eso, padrino!

GEN. Pues, verás. Hace treinta y seis años, cuatro meses y unos días, que tuve la desgracia de conocerla. A la semana cabal la ofrecí solemnemente mi corazón, mi mano y mi estrella de alférez. A los dos días, y mientras esperaba su contestación, me batí con un diplomático inglés, porque se permitió de-

cir que mi afirmación de amarla eternamente era *mocho exaguerrada*. Mi adversario me abrió la cabeza de un sablazo, pero me dió ocasión de probar mi cariño.

LUISA ¡Jesús!... ¡Pues vaya una prueba!

GEN. La de todos los melones, hija... ¡á cala! Al entrar en la convalecencia, supe que mi Dulcinea se casaba... ¿á que no sabéis con quién?... ¡con el diplomático inglés!... En esto vino la Revolución y estuve emigrado siete años.

LUISA ¿Por qué?

GEN. Por ser partidario de doña Isabel.

LUISA ¡Jesús con doña Isabel!

GEN. Esta doña Isabel era otra.

LUISA ¡Ah!

GEN. Al volver á España con la Restauración me encontré á la ingrata, viuda ya y con un hijo... con este Polito, como vosotras le llamais.

LUISA ¿Y no volvió usted á pretenderla?

GEN. ¿Que si volví?... Desde entonces, todos los meses, el día de la revista de comisario, la reitero mi formal ofrecimiento de corazón, mano y empleo. Cada año el empleo ha ido yendo á más, y el corazón viniendo á menos; pero el resultado ha sido siempre el mismo.

JOAQ. Qué... ¿no se ablanda?

GEN. No se ablanda, hijo... ¡y cuidado que está madura!.. Pero como yo conozco su espíritu de contradicción, sigo pasando mis revistas de comisario sin peligro de que me coja la palabra.

JOAQ. ¡Cómo peligro!

GEN. ¡Pues claro!... ¡O crees que yo no tengo ojos en la cara! A doña Isabel, tal como es hoy, la tiene Dios en el mundo para arrepentimiento y expiación de las tentaciones que inspiró en sus mocedades.

JOAQ. ¿Entonces por qué la sigues cortejando?

GEN. ¡Toma!... porque yo soy incapaz de rectificarme. El día en que reconozca que mi amor se ha extinguido, tendré que dar por

bien empleado el chirlo que me administró el inglés... Y eso no lo confieso yo así me aspen. (Transición.) Con que, hablando de otra cosa.. (A Luisa.) Tú prepárate para venir esta tarde á dar conmigo un paseo muy largo.

JOAQ. No, Luis, hoy no puede ser.

GEN. ¡Por vida de!... ¿Se puede saber con qué derecho lo prohibes?

JOAQ. Con el derecho de que es mi hija.

GEN. Pero es que la sal que tiene en el cuerpo es mía, que para eso se la eché á puñados en la pila de bautismo. Conque á ver quién va á impedirme que la luzca por esas calles.

JOAQ. Lo impido yo, que soy su padre.

GEN. ¿Su padre?.. ¡Dí mejor su padrastro!

JOAQ. ¡Luis!

GEN. Lo dicho. Si no quieres oir verdades, te tapas las orejas... Y que te enfades ó que no te enfades, habrá paseo.

JOAQ. Pues te irás tú solo.. Y por mí, ya te puedes ir desde ahora.

GEN. ¡Joaquín!

LUISA ¡Pero por Dios!... ¡padrino!

GEN. Sí, señor, sí que me voy... y ahora mismo... (Hace que se va y vuelve.) ¡Ah!... No creas que había venido por el gusto de verte.

JOAQ. ¡Mejor!

GEN. Venía á traerte una noticia, como amigo; pero ya...

LUISA ¿Una noticia?

GEN. No, ya no hay caso. ¿Para qué me he de meter en lo que no me importa?

LUISA Eh, ¿pero á qué viene eso? A ver, á ver la noticia. ¿Verdad, papá, que no ha sido nada?

JOAQ. Déjalo, hija. Es que cuando se pone así..

GEN. Tú eres el que te pones.

JOAQ. ¡Yo no, tú!

LUISA Bueno, bueno. A ver la noticia.

GEN. No... No vaya á resultar que me he metido en donde no me llaman. Las noticias cuando se las piden á uno.

LUISA ¡Pero si se la estoy pidiendo yo!...

GEN. Vaya, pues te la daré... pero á tí sola... Ya está tu padre colocado en su carrera.

LUISA ¿De veras?

JOAQ. ¡Qué!...

GEN. Psi... Magistrado de la Audiencia de Burgos.

LUISA (Muy triste.)
JOAQ. (Muy alegre.) } ¡De Burgos!

JOAQ. ¡Luisillo!

GEN. (Dejándose abrazar.) Sí, Luisillo... ¡Vete á paseo tú ahora!.. Después que viene uno con la mejor intención.

JOAQ. (Conmovido.) Toma, si lo sabrá uno.. ¿Y dices que estoy ya nombrado?

GEN. El ministro me lo acaba de decir.

JOAQ. No puedes figurarte la gana que tenía... Esto de un Juzgado municipal, aunque sea en Madrid... ¡Dame otro abrazo, hombre!

GEN. Anda y que te lo dé... Pues no te alegras poco porque me vas á perder de vista...

JOAQ. (A Luisa.) ¿Pero qué te pasa á tí?

GEN. ¿Qué quieres que la pase? Que no es tan egoísta como tú. Que en Burgos no tendrá un padrino aunque sea tan viejo y tan feo como este.. ¿no es verdad, horrorosa?

LUISA (Sollozando.) Sí señor. (Pausa.)

GEN. Ea, pues ya sabeis la noticia. Ahora, lo dicho... me voy. (Ademán de irse.)

JOAQ. ¿Qué te has de ir tú? Vamos, ven conmigo al despacho y no seas rencoroso.

GEN. (Resistiéndose.) Que no voy... ¿para qué?

JOAQ. Ven, hombre, que tengo que hablarte.

GEN. Vamos allá... Tú, chiquilla, no seas tonta...

LUISA (Al verlos irse.) ¡A Burgos! No, pues yo se lo digo. ¡Padrino! (Haciéndole señas de que se quede.)

GEN. (A don Joaquín.) Anda, que ya voy yo. (Vase don Joaquín por la segunda derecha.) ¿Qué te pasa?

ESCENA IV

DICHOS menos DON JOAQUÍN

LUISA Una cosa... que yo quería decirle...

GEN. ¿Y para decirme una cosa pones esa cara?

LUISA Es que... Ea, que no quiero que nos vayamos.

GEN. ¿Eh?

LUISA Que... que no me gusta el destino de mi padre.

GEN. Y tienes razón; para tí, todo lo que sea de emperatriz para abajo...

LUISA ¡Bueno!... No, de veras. Que yo no quería que nos fuéramos ahora de Madrid.

GEN. ¡Caracoles!.. ¿Pues qué tienes tú por aquí?

LUISA (Con viveza.) No, yo no... no vaya usted á creer... ¿No dice usted que es á Burgos?

GEN. Sí.

LUISA Pues por eso... por el clima... que no me sienta bien.

GEN. ¡Cómo!... ¿Pero tú tienes algo? ¿estás enferma?

LUISA Sí... es decir... un poco. Antes de salir del colegio me daba una cosa... una cosa así... ¡Me vió el médico y todo! ¿Y ve usted?... me dijo que... el calor... me hacía mucho daño.

GEN. ¿Y quién te ha dicho á tí que en Burgos hace calor?

LUISA ¡Digo!... ¿No ve usted que en el colegio estudiamos geografía?... Pues si nos la hacían dar al dedillo...

GEN. Ya se conoce. Pero ahora han cambiado las cosas, y lo que hace en Burgos es mucho frío.

LUISA Bueno, pues... eso es lo que me dijo el médico: que todos los extremos... vaya, que no me conviene ni mucho frío ni mucho calor. Y yo sé que si nos vamos me pongo enferma, eso es.

GEN. No será tanto, mujer.

LUISA ¿Que no? ¡En cuanto lleguemos! Ya lo verá usted. Yo no se lo quiero decir á mi padre, pero...

GEN. ¡Bah! Eso son aprensiones. A tu padre le conviene mucho el destino, y es preciso...

LUISA Sí; pero, ¿y si me pongo mala? Por lo que más lo sentiría es por no tenerle á usted allí.

GEN. Es que si ocurrriera eso, iba yo á escape.

LUISA ¿Y si me moría yo antes? ¡Qué pena! ¡Morirme sin verle á usted!

GEN. ¡Morirte!... Si vuelves á decir eso, te ganas una azotaina á pesar de tu vestido largo... ¡Pues no es disgusto el que me estás dando!

LUISA Bien; pues no digo una palabra más. ¿Le conviene á mi padre el destino? Pues nos vamos, y sea lo que Dios quiera.

GEN. Eso es; y que tú te pongas mala, y reniego yo del destino y de tu padre y... No, eso sí que no. Que se quede Burgos por allá. Ahora mismo se lo digo. Por supuesto, si le voy ahora con eso, nos tiramos los trastos á la cabeza. Nada, me voy al Ministerio y lo deshago todo. Y que le eche la culpa al moro Muza.

LUISA No, padrino; mejor es dejarlo. No haga usted nada.

GEN. Yo hago lo que me da la gana, y tú te callas y me dejas en paz. ¡Pues estoy yo bueno para hacer caso de niñerías!

LUISA Pero, padrino...

GEN. No hay padrino que valga.

LUISA Sí que lo hay. ¡Y que vale más! ¡Vaya, déjeme usted que le dé un abrazo!

GEN. Eso. Así que me has puesto de un humor de todos los demonios. Le diré á tu padre que me voy. (Entra en la segunda derecha y vuelve á salir á los pocos momentos.) Ea, ya está. Voy á escape al Ministerio. Adiós, mocosa. (Vase por el foro)

LUISA ¡Adiós, adiós!... ¡Tengo un padrino más bueno!...

CAR. (Dentro.) Vaya una prisa, sin decirme nada. ¡Ya me las pagará usted!

ESCENA V

LUISA, CARMEN

LUISA ¡Anda, pues si es Carmen!

CAR. (Saliendo por el foro.) ¡Luisilla! ¡Ven acá, pícara, que hace la mar de tiempo que no te

veo... Jesús, hija!... ¡Qué majestuosa estás con tu vestido largo! Ya casi me haces vieja á mí.

LUISA ¡Qué cosas tienes! Estaba deseando que vinieras... Tengo que contarte... ya verás.

CAR. ¿Sí? Vaya, pues me alegro. He salido á misa y dije: «pues ya no me vuelvo á casa sin ver á Luisilla.»

LUISA ¡No faltaba más! Pero oye, ¿es hoy día de misa?

CAR. Para mí de toda solemnidad. (Suspirando.) Hoy hace años del pobre Manolo.

LUISA ¿Manolo?

CAR. Sí, mujer. ¿No te acuerdas de aquel alférez de navío que me rondaba cuando estaban ustedes en Huelva?

LUISA ¡Pero si entonces tenía yo ocho años!

CAR. ¿Ocho? ¿Pues cuántos tienes ahora?

LUISA Diecisiete. De modo que hace ya nueve años de aquello.

CAR. ¡Quita, mujer, qué disparate!

LUISA ¿Que no? Ya lo creo.

CAR. Que no, Luisita, no seas testaruda. Te estás trascordada. (Transición.) Bueno, pues verás. El pobrecillo embarcó para Italia y no hizo más que llegar cuando cayó con un ataque de malaria.

LUISA ¿Y eso qué es?

CAR. El nombre lo dice: *mal-aria*... Una indigestión de música.

LUISA ¡Qué!

CAR. Sí; como los italianos son tan filarmónicos y tan obsequiosos, se conoce que le mataron á serenatas... En fin, en tres días se fué el pobre á la eternidad... ¡Figúrate qué golpe para mí!

LUISA ¡Es claro! Lo sentirías mucho.

CAR. ¡Digo! Como que estaba ya para pedirme relaciones cuando le mandaron embarcar... Así es que no se me pasa ningún año sin oirle su misa.

LUISA ¡Es claro! Pues no sabes la falta que me estabas haciendo. Cuando te he visto entrar...

CAR. ¡Ah! No me agradezcas del todo la visita.

Vengo de *arribada forzosa*, como hubiera dicho mi alférez de navío.

LUISA ¡Hola, hola!

CAR. Sí, hija: las cosas que pasan... Ya sabes que estoy reñida con mi novio.

LUISA Sí, con Mariano.

CAR. No, mujer. Si lo de Mariano se acabó hace un siglo... Me refiero á éste, al que me hablaba desde el mes pasado.

LUISÁ ¡Ah!

CAR. Pues, sí; estamos de monos hace unos días... Yo le tenía ya por cosa olvidada, me lo puedes creer. Cuando, hija, al salir de misa, ¡paf! me le veo en la acera. He pasado por su lado sin mirarle y al llegar aquí me he metido dentro y le he dejado con un palmo de narices. No es mal muchacho, ¿sabes? Pero como están los hombres tan crecidos hay que... Y que éste ha ido á dar á buena parte. Como si yo fuera de las que no pueden pasar sin novio.

LUISA Bueno... Pues... verás. Tengo que hacerte una consulta.

CAR. Ya sé lo que es.

LUISA ¿Tú?

CAR. Sí. Me ha dicho la de Rojas que estás bordando unos almohadones. ¿A qué es sobre eso la consulta?

LUISA Sí, también... pero lo principal...

CAR. ¡Hola! ¿Hay otra cosa principal?

LUISA ¡Y tanto!.... Como que, la verdad... Yo no sé...

CAR. ¡Ay! ¡No me digas más! Te pones colorada y... hay moros en la costa. ¿eh?

LUISA Sí.

CAR. ¡Pero qué tonta soy!... ¡Claro!... ¡El vestido largo! No falla nunca. Si una se pudiera poner de largo cada quince días!... Vaya, chica, pues te doy la enhorabuena.

ESCENA VI

DICHAS y DOÑA ISABEL por el foro

ISAB. Buenos días, pollitas. ¿Se está de conferencia?

LUISA ¡Ay, doña Isabel! (Después de los saludos.) Siéntese usted.

ISAB. No, hija, que vengo muy deprisa. ¿Está tu padre?

LUISA Sí, señora; en el despacho.

ISAB. Pues me voy á verle y os dejo que sigais charlando... ¿De qué se trataba?

LUISA De nada... Tonterías nuestras.

CAR. ¡Tonterías!... Diga usted que la estaba dando la enhorabuena.

ISAB. Vaya; pues ya que estás tan cumplimentera, dámela á mí también.

CAR. Con mil amores. ¿Y se puede saber el motivo?

ISAB. Para que tú veas; por el mismo motivo.

CAR. ¡Ay qué gracia! ¿Pero le ha salido á usted otro novio?

ISAB ¡Calla, tonta! Que no piensas más que en los novios. ¿Quién habla de eso ahora?

CAR Como dice usted...

ISAB. Digo, que al destinar á don Joaquín, han destinado á mi hijo en su vacante.

CAR. ¡Ay! ¡Pero si yo no sabía nada!... ¿Con que tenemos á Polito hecho juez? ¡Pobrecillo!

LUISA ¿Por qué ha de ser pobrecillo?

CAR. Porque tiene tantas ganas de ser juez como yo de que me entierren con palma... Ultimamente, si fuera diplomático ó algo así... Vamos, un cargo de esos que no dan trabajo y tienen unos uniformes tan bonitos... pero mire usted que juez..

ISAB. (A Luisa.) Esta criatura, me pone perviosa... ¿á que todavía me va á dar el pésame?

CAR. A usted no, porque usted está que ni pintada de jueza madre. Pero á él.. Y eso que yo

me alegro. Por si acaso llego á tener algún juicio...

ISAB. ¿Juicio tú? Lo veo muy difícil.

LUISA No, Carmen, no seas así... Polito debe pensar en el porvenir.

CAR. ¡Calla, chiquilla, calla! ¡Mira que hablar así á tus años! ¡La juventud es para divertirse!

ISAB. Así estás tú de divertida. Con todo tu gancho de andaluza, te vamos á ver vistiendo santos.

CAR. Eso no lo sabe usted todavía.

ISAB. Pero ya, para lo que te queda... Nada, lo dicho... Lo que es á fresca no me ganas.

LUISA Bueno, basta ya... ¿Quiere usted que avise á mi padre?

ISAB. No, hija, que ya voy yo... Hasta ahora. (Vase segunda derecha.)

ESCENA VII

LUISA y CARMEN. Después POLITO

CAR. ¿Pero tú has visto, hija?

LUISA Si ya sabes el genio que tiene. La has sacado de sus casillas...

CAR. ¿Por qué, por lo que la he dicho? Pues el que dice la verdad, ni peca ni miente. A Polito no le llama Dios por ese camino. Todo lo que no sea andar haciendo el tenorio á las puertas de los talleres, está demás para él. Ya verás tú. Tendrá que ver todo un señor juez dedicándose á perseguir modistillas y á llevarlas de bailoteo y...

LUISA ¡Bah!... Esas son cosas que se dicen.

CAR. Pues figúrate cómo serán las que no se dicen... En fin, yo te aseguro que le ha sentado el nombramiento como un par de banderillas.

POL. (Saliendo por el foro.) ¡Cómo se conoce la sangre andaluza! ¿Hablaba usted de toros?

CAR. De toros precisamente, no... Hablaba de usted.

POL. ¡Siempre de guasa!

CAR. No, señor; en serio. ¿Verdad, Luisa? Le doy á usted la enhorabuena.

LUISA Y yo también.

POL. ¿A mí? ¿Por qué?

CAR. No crea usted que es por su última conquista. De eso no sabemos nada. Es por su nombramiento de juez.

POL. ¡Ah! ¿Se lo ha dicho á ustedes mi madre?

CAR. Justamente. Y nos ha dicho que está usted loquito de contento.

POL. Y es verdad que lo estoy.

LUISA (A Carmen.) Vaya, ¿lo ves tú?

CAR. ¡Ay, qué *esaborío!* ¿Le gusta á usted eso? Vaya, pues ya no quiero nada con usted.

POL. Pues empiece usted á querer, porque ya no hay nada de lo dicho.

LUISA ¡Cómo!

POL. Que nos han dado el pego... es decir, á mi madre. Acabo de ver al ministro y resulta que una alta influencia, que no he podido descubrir, ha deshecho la combinación en cinco minutos.

LUISA (Aparte.) ¡Mi padrino!

CAR. Pues ahí dentro está su madre. Prepárese usted á oirla.

POL. Yo le doy la novedad y me retiro á escape por el foro. (Hace que se va y vuelve.) ¡Ah!... ¿Cuánto me da usted por una noticia?

CAR. Nada, porque ya he leído *El Imparcial*... Pero, en fin, suéltela usted.

POL. ¿A que no sabe usted á quién ha visto ahora mismo?

CAR. ¡Vaya si lo sé! Al ministro de Gracia y Justicia. ¡Si lo acaba usted de decir!

POL. Está visto; con usted no se puede.

CAR. Y con usted menos.

POL. ¿Por qué?

CAR. Porque es usted muy pesado. ¡Ea, venga esa noticia!

POL. Allá va. Acabo de ver á un estudiante de medicina. (Con intención.)

CAR. ¿Sí? Pues más vale que vea usted á un médico; porque los estudiantes no son de confianza. (Lo mismo.)

POL. Pues el que yo digo lo ha sido para usted.
CAR. Pero lo que ha sido y no es...
LUISA Ay, ¿pero á quién ha visto usted?
POL. Que se lo diga Carmen .. Pues, sí; he estado hablando con él, y crea usted que me ha dado lástima.
CAR. ¡Pobrecito! (Con ironía.)
POL. Está cada vez más enamorado de usted.
CAR. Que lo hubiera demostrado á su tiempo.
LUISA Sí; desapareciendo durante una semana.
POL. Para hacer que usted se interesase.
CAR. O para hacerle el amor á otra.
POL Justamente. Pero solo por darla á usted celos.
CAR. ¿Y usted qué sabe?
POL. Si me lo ha contado él mismo... Claro que en secreto... Pero entre ustedes...
LUISA ¡Digo! Como si lo echara usted...
CAR. En la bocina de un fonógrafo. Adelante.
POL. Nada más. Que cortejaba á otra para hacer carambola con usted.
CAR. Pues se equivoca, porque ha hecho pifia. Yo aseguro que me la paga.
POL. Buena señal.
CAR. ¿Por qué?
POL. Porque para eso tendrá usted que empezar por arreglarse... A menos que piense usted en el vitriolo.
CAR. Tiene usted razón. Pues mire usted, capaz soy de arreglarme para... Eso de la carambola no se queda así. ¿Y á quién ha tomado por mingo?
POL. No me lo ha dicho. Pero sea á quien sea, él no quiere á ninguna más que á usted.
LUISA Pues eso no está bien. Así son los hombres. ¿Verdad, Carmen?
CAR. Sí, hija; pero así y todo...
POL. (A Luisa.) Yo creí que usted no estaría tan enterada.
LUISA No, mucho no... pero un poco...
POL. ¡Hola! ¡Hola!
LUISA Sí, pero no crea usted...
CAR. Ande usted, llévele la noticia á su madre y luego le contaremos...
POL. Pues en seguida vuelvo. (Vase segunda derecha.)

ESCENA VIII

LUISA y CARMEN

LUISA ¡Gracias á Dios! Ahora te lo voy á contar todo para que tú me aconsejes.

CAR. (Distraída y mirando con frecuencia á la primera puerta de la derecha.) Sí, cuenta.

LUISA Se trata de... ya sabes tú de lo que se trata. Como estas cosas son nuevas para mí, no me atrevo... ¡vamos, que no sé por dónde empezar!... Y es claro, si con el primero no empieza una bien...

CAR. (Distraída.) ¡Ah, pues lo dejas y empiezas con otro! Cuanto más se practique, mejor.

LUISA ¿Eh?... En fin, de todas maneras yo quiero que me aconsejes si estará bien que conteste desde luego ó... ¡Pero si no te enteras!

CAR. Sí, me entero, sí... Oye, ¿qué tales vistas tiene el balcón de ese gabinete?

LUISA ¡Vaya una pregunta! ¿pues no lo sabes?

CAR. Sí, pero quería... Bueno, sigue, sigue.

LUISA Pues, nada más. A mí á primera vista no me disgusta, y yo creo que si me decido no me ha de salir mal. ¿Qué te parece á tí?

CAR. Que empieces desde luego. Con lo que has aprendido en el colegio, sabes de sobra.

LUISA ¡Sí, mira que en el colegio!...

CAR. Pues ya lo creo... Anda, tráelo que lo vea.

LUISA ¡Qué!...

CAR. Sí, mujer. ¿No lo tienes en tu cuarto?

LUISA ¿Yo?... ¡pero Carmen! ¿Pero de qué estás hablando?

CAR. Del bordado, hija... ¿de qué he de hablar?

LUISA ¿Ves tú cómo no te enterabas? Si yo te hablaba de... (Señalando al balcón.) de lo otro.

CAR. ¡Ah, ya!... Oye, ¿se ve toda la calle desde el balcón?

LUISA (Con extrañeza.) Pero... ¡Ah! ya sé por qué lo dices... Pues te advierto que yo no me asomo siquiera... Si á mí, después de todo...

CAR. Ya, ya... Bueno, trae el bordado que lo vea.

LUISA (Despechada.) ¡Y dale! Ven á mi cuarto... Para lo que tiene que ver...

CAR. Vamos... vete delante, que yo voy un momento...

LUISA Sí, al balcón... ¡qué curiosa eres!

CAR. No, un instante nada más.

LUISA Bueno, bueno. Ya me dirás lo que has visto. (Vase por la izquierda.)

CAR. A ver si es de ley. Lo que es como haya resistido el plantón... (Entra en el primer término derecha.)

ESCENA IX

DOÑA ISABEL, DON JOAQUÍN y POLITO. Salen los tres por la segunda derecha

ISAB. (Dentro.) Vamos, anda aprisa.

POL. (Sale empujado por doña Isabel.) ¿Pero á dónde quiere usted que vayamos?

ISAB. ¡Al ministerio! ¿A dónde hemos de ir?

JOAQ. Polito tiene razón. Yo creo...

ISAB. ¿También usted? ¡Ay, qué hombres! Yo no sé de qué les sirven los pantalones... Y tú, idiota, ¿por qué no lo has dicho en seguida?

POL. Si era lo mismo. Como ya no tiene remedio...

ISAB. ¿Que no tiene remedio? ¿De modo que no hay más que aguantarse?

JOAQ. Sería lo mejor. Por lo menos debe usted tranquilizarse...

ISAB. ¡Tranquilizarme!... ¡Es claro, como usted ya ha sacado tajada!

JOAQ. ¡Señora!

POL. No la haga usted caso. Es que no lo puede remediar.

ISAB. Ni quiero remediarlo. Pues medrados andaríamos si yo fuese como tú... Ni siquiera has tenido agallas para decirle al ministro...

POL. ¿Que no? Le dije que me extrañaba mucho... Ya lo creo que se lo dije.

ISAB. Pues le debiste decir todo lo contrario: «¡No me extraña nada, porque como usted no

coloca más que á los pillos!...» (A un movimiento de don Joaquín.) Ay, usted perdone, no me acordaba que era usted uno de ellos.

JOAQ. ¿Eh?

POL. Sí, de... los colocados. ¿Pero cómo quería usted que yo le dijera eso?

ISAB. Como se lo voy á decir yo ahora mismo. Verás como tu madre no se muerde la lengua.

POL. (Aparte.) Eso ya está visto.

JOAQ. Si nadie duda que tenga usted razón. Pero esas cosas hay que tomarlas con filosofía.

ISAB. Sí, que le quitaran á usted el destino de Burgos y veríamos toda esa filosofía... Vamos, hijo.

POL. Bueno, vamos, pero ..

JOAQ. Calma, señora, mucha calma... Que una sofocación así...

ISAB. No tenga usted cuidado. En cuanto me desahogue, me quedo tan tranquila... No, no se moleste usted... Anda, tú. (Empujando á Polito.)

POL. Pero, mamá...

JOAQ. Prudencia, señora, mucha prudencia...

ISAB. Sí, sí... Hasta luego. (Vase por el foro empujando á Polito que protesta.)

ESCENA X

DON JOAQUÍN

Pobre señora... Por supuesto, que si á mí me hacen una por el estilo... En otras circunstancias no me importaría tanto. Pero ahora estoy deseando salir de Madrid. El encalabrinamiento de esta chiquilla me tiene frito. ¿Qué sería lo que estaba escribiendo antes? (Se acerca al velador y coge la carta que antes escondió Luisa.) ¿Eh? ¿Qué tal?... «Encantadora señorita...» (Lee para sí.) Esto ya me lo figuraba yo... ¿Habrá contestado ella? A ver... ¿Qué es esto? (Cogiendo un libro y leyendo el título.) «Novísimo Secretario de los Amantes... For-

mulario de billetes amorosos emprestados á diversos autores y recolectados por la Duquesa Galantina. Traducido de la cuatro mil edición francesa por Galeoto.» ¡Admirable! ¡Fíese usted de las niñas!... Y con su señalita y todo... A ver... (Leyendo para sí.) Esto es lo que pensaba contestar. Pues como no conteste por el telégrafo sin hilos... (Dirígese á la primera derecha y echa la llave que estará puesta, guardándosela en el bolsillo.) El balcón del gabinete como si no existiera... Y lo demás lo mismo, porque andaré yo al quite... Y ese imbécil de Luis empeñado en que se tenga tolerancia. Ya le daré yo á ella tolerancia... (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XI

LUISA y CARMEN dentro

LUISA (Que sale por la primera izquierda con un bastidor de bordar con labor empezada.) Por fin pareció. Calle... Todavía no ha salido... (Va á la puerta primera de la derecha y la encuentra cerrada.) ¡Qué es esto! (Golpeando la puerta.) ¡Carmen! ¡Carmen!

CAR. (Dentro.) Voy. (Golpeando á su vez.) ¡Luisa!

LUISA ¡Mujer, abre!

CAR. ¡Eh!...

LUISA Que abras y no seas tonta.

CAR. Eso digo yo.

LUISA Pero... ¿pero no has cerrado tú?

CAR. ¿Yo?... ¡Vamos, déjate de bromas!

LUISA ¡Anda!... Pues si es que está echada la llave...

CAR. Como que la habrás echado tú, ¡so graciosa!

LUISA Yo no... Habrá sido la criada.

CAR. ¿Pero es de veras? ¡Ay qué gracia tiene esto! ¡Me han encerrado!

LUISA ¡Por mala!... Así; encerradita.

CAR. (Fingiendo llanto de niña.) ¡Jí, jí!... Yo no quiero estar aquí... ¡que me da mucho miedo!... ¡Ji, jiiii!...

LUISA Ea, reina, ea... no llores; que ahora mismo

voy por la llave... Espera un momentito...
(Vase por el foro izquierda. La escena queda un instante sola. Después aparece don Joaquín, furioso, con un garrote)

ESCENA XII

DON JOAQUÍN por la segunda derecha. Después DOÑA ISABEL por el foro

JOAQ. ¡Esto ya no tiene aguante! ¿Pues no está el monicaco ese haciendo señas al balcón y hablando solo? ¡Ahora sí que le rompo una costilla! (Al llegar al foro tropieza con doña Isabel que entra.)

ISAB. ¡Ay!

JOAQ. ¡Doña Isabel!

ISAB. ¡Don Joaquín! .. Pero, ¿á dónde va usted de esa manera?

JOAQ. ¡Pchs! .. A dar un paseo.

ISAB. Pues si parecía usted un criminal.

JOAQ. Justamente. Eso era... que estaba reconstruyendo un crimen.

ISAB. ¡Ah!

JOAQ. ¿Y usted? ¿cómo de vuelta?

ISAB He pensado que era mejor que fuera Polito solo .. Porque si voy yo... créame usted, hago una barbaridad. Además, supongo que el General vendrá por aquí, y como él puede tanto con el ministro... De modo, que voy á esperarle. (Se sienta.) Pero usted no se interrumpa. Siga usted con su crimen. Así me distraeré un poco.

JOAQ. (Aparte.) ¡Para distraerte estoy yo!

ESCENA XIII

DICHOS y el GENERAL por el foro

GEN. (Desde la puerta.) ¡Oh, tanto bueno! ¡Doña Isabel!

ISAB. Llega usted á buena hora, General: me hace usted falta.

GEN. (¡A buena hora!) Hable usted. ¿Es preciso que me deje dar otra cuchillada?

ISAB. Algo menos. ¿Usted tiene mucha influencia en Gracia y Justicia?

GEN. Más de lo que yo mismo creía. Acabo de conseguir un imposible.

ISAB. Pues es preciso que consiga usted otro.

GEN. (Con galantería exagerada.) ¡Por usted, siempre, señora!... ¿De qué se trata?

ISAB. Mi hijo á estas horas está en la calle.

GEN. ¿Y qué?

ISAB. ¿Cómo «y qué»?

GEN. Que á estas horas en la calle no creo yo que corra peligro.

ISAB ¡Ah! ¡Es verdad! Usted no sabe... Es que estaba ya nombrado juez, y en un abrir y cerrar de ojos le han birlado el destino.

GEN. ¿Y cómo así?

ISAB. ¡Toma! Se habrá interpuesto algún imbécil...

GEN. Seguramente. Bien; ¿no es más que eso?

ISAB Nada más.

GEN. (Haciendo una exagerada reverencia.) Señora, será usted servida. (Hace que se va y vuelve.) ¡Ah! ¿De qué destino se trata?

ISAB. Es verdad... Pues del Juzgado que deja don Joaquín, precisamente.

GEN. ¡Adiós! (Con estupefacción.)

JOAQ ¿Qué?

ISAB.

GEN. Señora... Yo no puedo pedir eso.

ISAB. ¡Cómo!

GEN. Absolutamente imposible.

JOAQ ¿Pero por qué?

ISAB. ¡Ah! ¡Ya lo comprendo!

GEN. (Aparte.) Menos mal. (Alto.) Pues si usted lo comprende...

ISAB. No le creí á usted tan rencoroso. Aborrece á mi pobre hijo.

GEN. ¡Yooo!

ISAB. Como nunca quise corresponderle...

GEN. ¡Ah! (¡Mira por dónde sale!) Es verdad.

JOAQ. ¡Pero, Luis!

GEN. Ni mas ni menos. (¡Yo suelto la carcajada!)

ISAB. Pues bien; una madre debe sacrificarse. Fa-

vorezca usted á mi hijo y disponga usted de mi corazón.

GEN. (¡Aprieta!) Señora... eso sería demasiado sacrificio (¡para mí!)

ISAB. ¡Ah! ¿Se niega usted á aceptarlo?

GEN. Tengo que negarme.

ISAB. Pues bien; iré yo sola á pedir justicia. Pero desde hoy, ¡entiéndalo usted bien! ni una sola esperanza. (Desde la puerta del foro.) ¡Ni una sola! (Vase por el foro derecha con ridícula majestad.)

ESCENA XIV

DON JOAQUÍN y el GENERAL

JOAQ. ¡Pero, hombre, Luis, parece mentira!

GEN. ¿Y qué quieres que le haga?

JOAQ. Ir con ella y pedir esa vacante.

GEN. (¡Ahora viene lo gordo!) Pero si es que esa vacante... no existe.

JOAQ. ¿Que no? ¿Pues quién tiene el destino?

GEN. (¡Segundo acto de la misma!) ¿Que quién?... Tú.

JOAQ. ¡Eh!... A ver, á ver... Pero entonces mi nombramiento...

GEN. Ha quedado sin efecto. A eso fuí precisamente.

JOAQ. ¡Hombre, muy bien! ¡Eres un amigo!

GEN. Atiende á razones. Ahora te explicaré...

JOAQ. No; más vale que no me expliques nada.

GEN. Pero, hombre, oye...

JOAQ. No tengo nada que oir. (Vase por la segunda derecha.)

GEN. Pero, Joaquín, escucha. (Vase detrás y se les oye disputar, alejándose.)

ESCENA XV

LUISA, por el foro izquierda; CARMEN, dentro

LUISA — Pues señor, no parece la dichosa llave. (Se acerca á la puerta.) Oye, Carmen. (Pausa.) ¡Carmen!

CAR. — (Dentro.) ¿Qué hay?

LUISA — Que la llave no parece por ninguna parte.

CAR. — ¿No?

LUISA — Ya ves qué apuro. Tendré que decírselo á papá.

CAR. — No tengas prisa. Estoy en mi encierro tan ricamente.

LUISA — ¿De veras?

CAR. — Como lo oyes. ¿Estás ahí tú sola?

LUISA — Sí, sola.

CAR. — Pues verás. Es lo más notable. Desde hace un rato estoy hablando...

LUISA — ¿Con quién?

CAR. — ¿Con quién ha de ser? Con mi estudiante. Resulta que lo que decía Polito es la verdad.

LUISA — ¿Lo que decía Polito?

CAR. — Sí... que está loco por mí... Lo de la otra era una filfa.

LUISA — A ver... Pero entonces...

CAR. — ¡Ah! Supongo que no llevarás á mal este abuso de confianza.

LUISA — No... sigue... sigue.

CAR. — Eso le he dicho yo; que podíamos seguir.

LUISA — Si digo que sigas contando.

CAR. — ¡Ah! pues nada más. El estaba violento por si tú te enfadabas.

LUISA — Pero... ¿él me conoce?

CAR. — De vista nada más. Ya se lo he preguntado.

LUISA — ¿Cómo se llama?

CAR. — ¿No lo sabes? Enrique.

LUISA — ¡Enrique!... ¿Y qué más?

CAR. — Enrique Morales. (Luisa que ha ido inmutándose por grados, al oir el nombre se apoya, abatida y llorando, en la puerta. Pausa breve.) No le conocías, ¿verdad? Pues ya sabes quién es.

LUISA (Como hablando consigo misma.) Sí, ahora, sí.

CAR. Lo que él no ha querido decirme es el nombre de la otra. Dice que es una mocosa que está rabiando por tener novio. Valiente tonta, ¿verdad?

LUISA Ya lo creo. (Pausa breve.)

CAR. Conque ya sabes: no tengas prisa. Voy un momento á decirle que se marche, ¿eh?

LUISA Bueno.

CAR. Un momentito nada más. ¡Adiós, fea! (Tocando en la puerta.)

LUISA (Despues de un momento en que pugna por dominarse.) ¡Digo!... ¡Dios mío! (Se repone y se dirige precipitadamente á su cuarto. Al llegar cerca de él se detiene y se deja caer en una silla sollozando.)

ESCENA XVI

LUISA, EL GENERAL por la segunda derecha

GEN. (Dentro, como hablando con don Joaquín.) Nada; pierde cuidado que no volveré. (Saliendo muy agitado.) No me faltaba más que esto... El capricho de la niña me está saliendo por una friolera... ¡Mejor! .. Así supiera que me costaba el pellejo; lo que es ella se sale con la suya. (Oye sollozar á Luisa.) ¿Pero qué es esto? ¡Voto á...! ¡Luisa!

LUISA ¡Ay, padrino! (Sollozando más fuerte.)

GEN. ¡Por vida de Mahoma! Mira que una mujer hecha y derecha ponerse á... Vaya: á ver si te dejas de tonterías.

LUISA Sí. ¡Tonterías!...

GEN. Pues ya lo creo. ¿Te figuras tú que tu padrino es un espantajo? Vaya, ó callas y te dejas de pucheros, ó no te digo una cosa.

LUISA ¿Cuá...al?

GEN. (Remedándola.) ¿Cuá... al? ¿Cuá...al ha de ser? Que ya no hay destino á Burgos y que os quedais en Madrid hasta que San Juan baje el dedo. (Mirándola con aire de triunfo.) Anda, sigue ahora gimiendo y llorando. (Luisa solloza más fuerte.) ¡Ah!... ¿con que sí? Pues ahora

soy yo quien se incomoda. ¡Se acabó! (Se levanta con ímpetu. Luisa le sujeta.)

LUISA No, no, padrino... Si es que...

GEN. ¿Qué?

LUISA Nada, que... ¡que soy una tonta! (Explosión de llanto.)

GEN. Lo que es eso... ¿Y cuál es la tontería de ahora?

LUISA Que... que yo no quiero estar en Madrid. Que quiero que nos marchemos en seguida. (El General se queda un momento parado. Luego golpea el suelo con el pie y se levanta furioso.)

GEN. ¡Ea! Esto sí que ya no lo aguanto yo... Me vais á volver loco y no me da la gana... bastante tengo con haber sido tonto... Ahora mismo me voy y allá os arregleis tú y tu padre.

LUISA No, padrino... no se enfade usted. (Quiere seguir hablando y no puede. El General la mira sin saber qué hacer y se sienta á su lado, conmovido.)

GEN. ¡Pues señor, que me fusilen si lo entiendo! (Pausa.) ¡Chits! Ahí viene tu padre. ¡Vete, que no te vea llorar! (Vase Luisa llorando por la primera izquierda.)

ESCENA XVII

EL GENERAL y DON JOAQUÍN por la segunda derecha

JOAQ (Sale furioso del despacho y se dirige á la puerta del gabinete, ó sea á la primera derecha.) Esto se va á acabar de una vez.

GEN. (Saliendo al paso.) ¿A dónde vas?

JOAQ A llamar á mi hija.

GEN. Tu hija no está ahí...

JOAQ. ¡Qué?

GEN. Está en su cuarto... Pero, ¿por qué llevas ese gesto furibundo?

JOAQ ¿Por qué tratas de ocultarme tú dónde está Luisa?

GEN. ¿Ocultártelo? Si te acabo de decir que está en su cuarto.

JOAQ. Parece mentira que un hombre como tú se rebaje á ciertos papeles.
GEN. ¿Qué quieres decir con eso?
JOAQ. Quiero decir que yo he cerrado esa puerta con llave y que Luisa la ha abierto no sé cómo para entrar á hablar por el balcón con ese tipo!
GEN. Tú estás loco, Joaquín.
JOAQ ¿Pero me quieres negar lo que he visto por mis ojos?
GEN. Pero, ¿qué has visto?
JOAQ. Al mocito ese hablando desde la calle con ella.
GEN. ¿Y la has visto á ella?
JOAQ. A ella no, porque se ha ocultado con la hoja de la persiana.
GEN. ¡Estás fresco!... (Yendo á la puerta de la primera izquierda.) ¡Luisa!... ¡Luisa!...
LUISA (Dentro.) Ya voy.
JOAQ ¡Eh!
GEN. ¿Te convences de que estás loco?
JOAQ Pero entonces... (Se precipita á abrir la puerta y aparece Carmen.)

ESCENA XVIII

DICHOS, CARMEN, por la primera derecha. Después LUISA, por la primera izquierda

GEN. ¡Carmen!
JOAQ. ¡Carmen!
CAR ¡Sí, señores, yo!... Ay, pero esto parece el final de un melodrama!... (Sale Luisa y se acerca al grupo.)
JOAQ. ¿Pero qué hacia usted ahí dentro?
CAR. Ya lo ve usted, don Joaquín, rezando el rosario... (Sonriendo maliciosamente.) ¿Verdad, Luisa?
GEN. (A don Joaquín.) ¿Y ahora qué dices?
JOAQ. Que todavía no me explico esta equivocación.
GEN. ¿Equivocación? Dí mejor un lío fenómenal. (Aparece en el foro doña Isabel, que oye estas palabras.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DOÑA ISABEL por el foro

ISAB. ¡Mire usted quién habla de líos!
GEN. ¡Doña Isabel!
ISAB. No me esperaba usted, ¿verdad?
GEN. Ya lo creo que la esperaba. Hoy no podía faltar ninguna calamidad.
ISAB. Eso es... ¡insúlteme usted!
GEN. No, señora, al contrario. ¡Insúlteme usted á mí!...
JOAQ. Pero...
GEN. Déjala hombre. La conozco y sé que si no se desahoga revienta.
ISAB. Sí señor que voy á desahogarme... Tenía yo razón al suponer que algún imbécil había echado á pique el destino de mi hijo... Ese imbécil era usted... ¿Qué responde usted á eso?
GEN. Que tiene usted razón... provisionalmente. Pero que ahora mismo voy al ministerio y vuelve Polito á ser juez. ¿Está usted contenta? (Doña Isabel le da la mano.) Y tú á ser magistrado de Burgos... ¿estás satisfecho? Y tú (A Luisa.) á marcharte de Madrid... ¿no es eso lo que querías? Y usted... (A Carmen.) Usted... Bueno, á usted ya la habrán contentado... ¿eh?... (Señalando al gabinete.)
CAR. (Saludando militarmente.) Sí, mi general.
ISAB. General, una palabra.
GEN. Usted dirá, señora. (¡Te veo!)
ISAB. Su conducta me ha conmovido. Antes le quité toda esperanza. Ahora debo decirle: general espere usted.
GEN. ¿Eh?
ISAB. (Con melindre.) Espere usted.
GEN (Aparte.) Eso digo yo: espere usted... sentada.
CAR. (A Luisa.) Pero oye, ¿de verdad quieres marcharte?
LUISA Sí.

CAR. ¡Ay, qué tonta; ahora que te ha salido un novio!

LUISA Bueno, quédate tú con él. (Al público.)
Tú que me ves desairada
no me pongas mal semblante
si te pido una palmada;
que ya he tenido bastante
con pagar LA NOVATADA.

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta